

LA DEPRESION AMERICANA Y SUS CONSECUENCIAS

Nuestra época de progreso tiene un rasgo que recuerda las prácticas supersticiosas de las tribus primitivas: tiene miedo a llamar las cosas desagradables por su nombre. Los salvajes temen atraer desgracias sobre sus cabezas al pronunciar palabras temibles. Nuestros contemporáneos, ellos, temen socavar la confianza y perjudicar el crédito. Así se explica esa palabra un poco misteriosa de «recesión» que, aplicada a la economía americana, empieza a ocupar un lugar importante en los periódicos del mundo. Este término oscuro sirve sencillamente a designar lo que hasta aquí se llamaba depresión económica. Pero la expresión clásica chocaría la sensibilidad del mundo de los negocios americanos, porque recordaría la terrible crisis que estremeció a Estados Unidos hasta sus cimientos y llegó incluso a hacerles dudar de la sacrosanta «American way of life». De ahí que por nada del mundo osarán pronunciar la palabra tabú. Sin embargo...

Consúltense los telegramas que los diarios publican, con menos amplitud, bien es verdad, que los palpitantes amores de las princesas y las hazañas de los campeones del deporte. Confirman que continúa la crisis que se diseñaba hace un año y que, en ciertos aspectos, ésta se agrava. El índice de producción (basado en el índice 100 del período de 1947-1949) ha caído de 147 en diciembre de 1956 a 142 en octubre de 1957, luego a 130 en febrero de 1958 y 128 en marzo. Hay industrias que han resultado seriamente afectadas. En primer término, la del automóvil. Existen en este momento 825.000 coches invendidos; los modelos de lujo padecen singularmente de la crisis. La «Chrysler» confiesa que en el curso del primer trimestre de este año ha vendido sólo el 55 por 100 de la cifra lograda durante el mismo período del año 1957. Según la agencia Dow Jones, «dos concesionarios de las cinco marcas «Chrysler» han vendido aproximadamente 162.000 autos de turismo, en lugar de 195.800 en el curso del primer trimestre de 1957».

La crisis no ha respetado las otras grandes marcas americanas. De enero a finales del mes de marzo, la Ford ha observado una disminución del 36 por 100 sobre sus ventas. La General Motors, más favorecida, sólo registra una disminución del 18 por 100. Naturalmente, las compañías han reducido su producción. Han instaurado la semana de trabajo de treinta y ocho horas, despedido personal inútil. Chrysler y De Soto, a mediados de abril, han interrumpido durante una semana su producción de automóviles de turismo. En consecuencia, el 14 por 100 de los trabajadores de la industria del automóvil se encuentra sin trabajo. El Presidente de su sindicato, Mr. Reuther, ha reconocido: «El fuego está en la bodega. Debemos impedir que invada toda la casa.»

De hecho, el fuego no está sólo en la bodega. El automóvil no es la única rama perjudicada de la industria americana. La metalurgia a su vez ha disminuído su producción. La industria del acero sólo trabaja ya al 69 por 100 de su capacidad (53, 6 por 100 dicen algunos). La aeronáutica, los aparatos de radio y televisión, los refrigeradores, la construcción, acusan reducciones más o menos sensibles. Por consiguiente, los beneficios de las sociedades disminuyen. (Se estima que su disminución asciende a unos cuarenta mil millones de pesetas para este año). Las inversiones serán menos importantes este año que lo fueron en años anteriores, y el número de parados aumenta y alcanza la cifra impresionante de 5.200.000 unidades, contra tres millones hace un año. Esta cifra, por muy impresionante que sea, sólo representa el 6,7 por 100 del mundo del trabajo americano. Pero se estima que actualmente el 3 por 100 del mismo sólo trabaja con un horario reducido. La situación es seria, si bien sólo recuerda de lejos la situación catastrófica del mercado del trabajo cuando Roosevelt fué elegido a la Presidencia de los Estados Unidos, y había 13 millones de parados. Al cobrar 39 dólares semanales, los parados no constituyen un ejército de pobres diablos azuzados por la miseria a aceptar cualquier aventura. Pero la recesión de 1958 viene a desmentir bastante cruelmente la soberbia seguridad de los economistas de la escuela de Keynes y la creencia de los americanos en las virtudes de la expansión económica sin límites.

La crisis actual revela cierto desequilibrio entre la producción de estos últimos años y la capacidad de absorción del mercado interior de los Estados Unidos. Por más que se persuada a los ciudadanos que cambiar su automóvil, su *frigidaire* o su lavadora por modelos más recientes es un deber nacional, llega un momento en que las máquinas se acumulan

en los almacenes de las fábricas y en las tiendas, por no tener suficiente salida. Es posible que el temor a medidas encaminadas a restringir los créditos sea una de las causas de la crisis. Para evitar un mal, los economistas de la Casa Blanca habrían contribuido de la suerte a crear otro peor. Como quiera, la crisis está a las puertas de América. Se trata de saber cómo el Presidente Eisenhower se las compondrá para detenerla e impedir que el país más próspero del mundo atraviese una crisis análoga a la «gran depresión de 1930».

Ahora bien, ninguna perspectiva puede asustar tanto la opinión americana como la de volver a vivir la pesadilla de la pobreza. Los pueblos, tal vez porque carecen de imaginación, sólo temen realmente los sufrimientos que ya han conocido. Europa teme ante todo la guerra y sus destrucciones. Los Estados Unidos, que no han sufrido los bombardeos y la invasión, parecen temerlos menos que al paro. No somos nosotros quienes lo decimos, sino Galbraith en su «American Capitalism». Pero la crisis, la horrenda crisis, está ahí, desmintiendo los análisis y las disertaciones de los sabios economistas. ¿Cómo circunscribirla?

No parece ser que los técnicos americanos hayan logrado la unanimidad respecto a los medios a emplear para combatirla. Ciertos hombres de negocios aconsejan al Presidente que no pierda la cabeza y que deje al libre juego de las leyes económicas resolver esta depresión. El caso ya se produjo, dicen, aunque en menor escala, en 1945-46, en 1948-49 y en 1953-54. Y cada vez, la vitalidad americana y los recursos de la libre iniciativa lo han yugulado. Que dejen bajar los precios y que los parados vuelvan a tomar el camino del Oeste para hallar nuevas ocupaciones—como los tristes héroes de «Las uvas de la ira»—y la crisis se resolverá por sí sola. Este razonamiento suscita vivas reacciones entre los partidarios de la intervención del Estado que recuerdan, no sin razón, que el Presidente Hoover, por haberse fiado demasiado del liberalismo económico, acarrió la caída del partido republicano durante más de veinte años. Para ellos, al contrario, el Estado debe actuar pronto y con energía, mediante amplias inyecciones de crédito y grandes obras públicas análogas a las que Roosevelt llevó a cabo al llegar al poder. El senador demócrata Lyndon Johnson, apoyado por sesenta y cinco de sus colegas, ha propuesto votar grandes créditos con este fin. Por su parte, la administración ha emprendido el estudio de un proyecto de reducción de las contribuciones y proyecta aumentar los créditos militares. En fin, el Consejo de la «Reserve Federal Bank» ha decidido rebajar la tasa de descuento del 2,25 por 100

al 1,75 por 100 y reducir de 1 por 100 el importe de las reservas de los bancos de los centros urbanos. Sin apresuramiento, aun reprochando a los demócratas «poner de manifiesto una falta de confianza en la vitalidad inherente a nuestra economía», el Presidente Eisenhower pasa de la política antiinflacionista a la de los créditos consentidos a la economía privada. El viraje es innegable.

Queda por ver si tendrá éxito. Los optimistas así lo aseguran. No carecen de argumentos. Hacen observar que en marzo mismo 323.000 trabajadores han vuelto a encontrar empleo. Es la prueba, dicen, de que la economía americana no padece esclerosis. En el Oeste de los Estados Unidos quedan rincones por colonizar. Nuevas industrias, como la del uranio, del átomo y de la electrónica, están en pleno desarrollo. Son otros tantos motivos de mirar el porvenir sin temores.

Los pesimistas objetan a esto que la crisis no ha sido fortuita, que, por ejemplo, se la veía venir lentamente en la industria del automóvil sin poder ponerle cortapisas. «¿No habremos llegado—se preguntan—al final del período de lo postguerra y sus facilidades?» En el período que sigue a los años de compresión de las grandes guerras, la producción está a la orden del día. Hay que reparar las destrucciones causadas por las batallas y los bombardeos, reconstruir ciudades, llevar a cabo instalaciones portuarias, hacer puentes, lanzar barcos destinados a sustituir los que fueron hundidos por los beligerantes. Los particulares que han tenido que padecer restricciones, quieren comprar todo aquello de que tuvieron que privarse durante las hostilidades. Esta inmensa tarea de reconstrucción provoca el trabajo a pleno rendimiento de las fábricas y absorbe ampliamente la mano de obra nacional. Las guerras de Europa han permitido a la industria americana conquistar mercados firmemente detentados antes de 1914 por los exportadores ingleses y alemanes, e incluso invadir los viejos países industriales. La curva de las exportaciones americanas lo pone claramente de manifiesto. Antes de 1914, aquéllas alcanzaban el término medio de 2.000 millones y medio de dólares. La primera guerra mundial las llevó a alcanzar 8.000 millones. Posteriormente, la «gran depresión» las hizo caer a 1.611 millones. En tiempos de Roosevelt, esta cifra volvió a subir a 3.094 millones en 1938. Sobrevino la segunda guerra mundial, que arruinó a Europa. Los Estados Unidos se convirtieron en proveedores del mundo. Sus exportaciones pasaron de 9.806 millones de dólares en 1945 a 15.164 millones en 1952. En estas exportaciones, los objetos manufacturados representan cerca del 78 por 100. Sin duda, las

cifras de estas exportaciones están bastante por debajo de las del mercado interior americano. Pero son una importante salida para la industria. Ahora bien, a medida que Europa reconstruye sus fábricas y vuelve a estar presente en sus antiguos mercados, a medida que Asia—en particular la China comunista—se equipa, se presentan dificultades para los exportadores americanos. En cuanto al mercado interior, le sucede que está saturado, pese a la moda de cambiar de auto o de aparato de televisión cada vez que aparecen en el mercado modelos perfeccionados. Estamos en presencia de una de esas crisis financieras clásicas en régimen capitalista: superproducción, disminución de los precios y paro. Se sabe que estas crisis tienen un fin. Hay que esperar a que se reanuden los negocios. Una guerra podría ayudar a que así fuera. Pero ¿quién sería tan loco como para desencadenar una guerra en el siglo de la bomba atómica, a fin de acelerar el resurgimiento económico?

El tiempo desempatará a los expertos y dirá quiénes de ellos tenían razón, si los optimistas o los pesimistas. Pero también cabe preguntarse qué sucedería caso de prolongarse o agravarse la crisis en el país que su victoria militar y su potencia financiera han llevado a la dirección del mundo occidental. Desde que los Estados Unidos han descubierto—un tanto demasiado tarde para remediarlo—que habían contribuido a la hegemonía soviética, al aniquilar la potencia de Alemania, del Japón y de sus aliados, se han sentido amenazados. El poderío soviético se ha desarrollado vertiginosamente en el momento en que los progresos de la aviación y de los proyectiles ponen las grandes ciudades americanas al alcance de un enemigo capaz de destruirlas. Por primera vez desde la guerra de la Independencia, los Estados Unidos tienen que pensar en su seguridad. Sus diplomáticos y sus militares han visto en grande al establecer sus planes. Para dar a entender a sus aliados de 1941 que no ganarían nada con una aventura guerrera, han puesto en pie un sistema universal de bases que cerca a la U. R. S. S., que de este modo sabe que al primer tropiezo sus ciudades y sus fábricas serían arrasadas. Para atraer a su órbita a las demás naciones, los americanos han utilizado tan pronto argumentos ideológicos como razones de orden práctico. La alianza americana había de ser para los países que la aceptaran la seguridad y la prosperidad. El Plan Marshall, la O. T. A. N. y el Anzus han sido tantas etapas de este gigantesco sistema. Pero esta política acarrea gastos colosales: gastos militares, en primer término, para el mantenimiento de escuadrillas y de flotas enormes, para la investigación de nuevos proyectiles y la renovación de armas,

casi tan pronto atrasadas como fabricadas; gastos civiles, también, para dirigir la guerra ideológica contra el Comunismo. Una América próspera, como la de la posguerra, puede aguantar estos gastos. Una América afectada por la crisis, ¿no será tentada de reducir sus gastos y de volver al aislacionismo de los buenos tiempos de Coolidge?

Plantea la pregunta no es puro entretenimiento intelectual. Desde hace años, los Jefes de la Administración—sean éstos demócratas o republicanos—deben utilizar toda su capacidad de persuasión para convencer a los diputados y a los senadores americanos de la necesidad de votar los créditos de la ayuda al extranjero. De hecho, lo mismo Truman que Marshall, Acheson que Eisenhower, Nixon y Foster Dulles han sustentado que para mantener a raya al Comunismo era preciso no escatimar los préstamos y las subvenciones a los aliados europeos y asiáticos de Estados Unidos. Hace apenas unas cuantas semanas, los jefes de los dos grandes partidos sostuvieron la defensa ante el público del expediente del Departamento de Estado.

A la propaganda marxista que prometía «mañanas que cantan» «a los proletarios de todos los países», los Estados Unidos piensan que han de oponer una propaganda incesante, basada en la exaltación de las ideas de democracia y de libertad, y en la promesa de dotar al mundo, convertido en razonable y pacífico, de una prosperidad material análoga a la que conocen los libres ciudadanos americanos. Esta política ha obtenido innegables éxitos en Europa, en Australia y en Hispanoamérica. Ha sido menos afortunada en Asia y Africa. No es preciso ser zahorí para ver la razón de ello; la atracción del confort y el prestigio de las máquinas no tienen el mismo poder para un fellah o un beduino, que se contenta con un mínimo vital sumamente bajo, que para los europeos, ya conquistados por las normas de la edad industrial. El utillaje colosal de los *yankees*, el perfeccionamiento de su crédito pueden impresionar a un industrial del Ruhr. Pero ¿qué le importa el crédito a un piadoso musulmán que vive poco más o menos como un contemporáneo de Mahoma? Ciertamente, no es esta razón suficiente para que los Estados Unidos abandonen el mundo árabe al neutralismo o a la influencia de Moscú. Pero aquí la partida se juega más con los jefes que con las masas, y el caso es que los orientales, maestros en el arte del chalaneo, son exigentes. No se ignora en Washington que algunos se lamentan a veces en voz alta de que los Estados Unidos no se muestren más generosos con ellos. Se recuerda también que la ruptura de Nasser con el mundo occidental fué provocada por la negativa

americana de financiar los gastos de construcción de la presa de Asuan. Se confía en que el *Rais* árabe se dejará vencer por el encanto del mundo libre mediante algunos millones de dólares. Para conseguir tal, será preciso no escatimar.

No es éste el precio sólo de las alianzas asiáticas o africanas. Europa, a su vez, absorbe un crecido número de millones de dólares americanos en forma de créditos militares, de préstamos, de pedidos y de auxilios concedidos no sólo a las naciones de la O. T. A. N., sino también a los Estados comunistas como Yugoslavia y Polonia, que la diplomacia americana trata de desprender de Rusia. Los Secretarios de Estado han utilizado como una de sus mejores bazas la riqueza fabulosa de su nación. Los moralistas han torcido el gesto ante eso «diplomacia del dólar». De hecho, es tan vieja como el mundo. Desde los grandes reyes persas, que empleaban su oro para enredar en las ciudades griegas, hasta la «caballería de San Jorge» británica, pasando por los Reyes Católicos y su enemigo de París, el Rey Muy Cristiano, los Estados ricos han echado siempre mano de sus recursos para ayudar a sus amigos del extranjero y nutrir su amistad con esos argumentos que don Basilio estimaba irresistibles. Los americanos han tenido tal vez el desacierto de presentarse como unos especies de Papá Noel desinteresados, cuando calculaban muy atinadamente, como banqueros avezados, las ventajas que podría reportarles sus larguezas. Así han llegado a defraudar a ciertos pueblos que esperaban de ellos una ayuda más sustanciosa y que se pican, a veces justamente, ante las preferencias que deja ver el reparto de los créditos en el mundo. Pero no se puede poner en tela de juicio que Estados Unidos, con habilidad o sin ella, han gastado para sus aliados—e incluso para sus antiguos enemigos de la última guerra—sumas fabulosas que han servido a enderezar a una Europa occidental exangüe y a restablecer los intercambios internacionales. Tales Estados—grandes o pequeños—necesitan aún de los dólares americanos. El Departamento de Estado no opone sin duda reparo alguno a que el Tesoro americano los siga subvencionando. Desgraciadamente, no es la Administración la que decide de los créditos, sino el Congreso y el Senado de Washington. De ahí viene la amenaza.

Los diputados y los senadores americanos son políticos que dependen de la opinión pública y que no lo ignoran. Su gran preocupación, como todos los parlamentarios del mundo, es no desagradar a sus electores, a fin de ser reelegidos por los mismos. Pero el caso es que si los ciudadanos americanos rezongan ante las subvenciones concedidas a otras partes

del mundo cuando los negocios van bien, se muestran mucho más reticentes en tiempos de crisis. Se les antoja perfectamente absurdo aplazar en Estados Unidos una política de grandes obras so pretexto de que son caras y consagrar millones de dólares a que los negros construyan puentes y los europeos presas y ferrocarriles. Para no desagradar al cuerpo electoral, los diputados y los senadores pueden pronunciarse en contra del programa Eisenhower. Basta, pues, que el Congreso americano rechace en bloque el programa de ayuda al extranjero, después de haber escuchado la filípica de cualquier campesino del Misuri o del Illinois, que reduzca vigorosamente las cantidades destinadas a los extranjeros para tratar de restaurar el poder adquisitivo de los granjeros del Middle West y de los obreros de Detroit, y todo el sesudo juego de las alianzas del Departamento de Estado estará en peligro. Imagina uno que tal perspectiva debe darles sudores fríos a los hombres de Estado americanos, que saben cómo los parlamentarios de 1919 torpedearon la política mundial del Presidente Wilson al no ratificar el Tratado de Versalles y sus cláusulas sobre la Sociedad de las Naciones. Cierto es que pasó el tiempo de los senadores Borah y La Follette y que sus sucesores han aceptado que Estados Unidos desempeñe el papel de *leader* del mundo libre. Pero ¿no pueden desandar lo andado si notan que sus electores sólo quieren pensar en sí mismos? La Constitución americana, con su separación de los poderes al estilo del siglo XVIII, permite al Presidente de la República de los Estados Unidos dirigir la política internacional según se le antoje, pero es el Congreso quien le da o le niega los créditos necesarios para la misma. En los hechos, el patriotismo de los parlamentarios, en la inmensa mayoría de los casos, ha evitado que estalle una crisis grave sobre cuestiones de política nacional entre el Jefe del Estado y el Parlamento. Las semejanzas que es fácil observar entre los programas de los dos grandes partidos americanos sobre la política interior, hacen pensar que el acuerdo de los dirigentes llevará a los hombres oscuros del Capitol a recortar sólo moderadamente los proyectos de la Administración. Queda el peligro de una oleada de fondo centrada en el egoísmo de los americanos frente a los insoportables pedigüecños del extranjero, un «América first» que forzaría a los jefes de partidos a transigir con la opinión en tanto no pudiera tenerla de nuevo en manos. En tal caso, América estaría muy cerca de perder la guerra fría.

En Moscú, se sabe tan bien esto, ya que desde 1945 se espera febrilmente «la inevitable crisis del capitalismo americano» para reanudar la expan-

ción soviética, coartada en el momento de la guerra de Corea. La propaganda anticomunista quizá haya pecado de ingenuidad cuando durante años se ha limitado a evocar el solo peligro militar soviético y a hacer llamamientos al mundo libre para que se armara contra la futura agresión rusa. Era olvidar que los jefes rusos son marxistas convencidos y que creen a rajatabla en la fatalidad de la crisis del capitalismo americano. Para ellos, las crisis cíclicas del capitalismo han de reproducirse ahora como en el siglo XIX y antes de la guerra. La parálisis americana que resultará, habrá de dismantelar al mundo occidental. Bastará que la U. R. S. S. pase a la acción para que las masas occidentales se unan a ella. Moscú ha esperado, pues, el nuevo derrumbamiento de Wallstreet con una mezcla de impaciencia y de certidumbre. Se comprende que se regocije al vislumbrar al fin en el cielo algunas señales favorables a su tesis.

¿Qué haría Krustchev si tal hipótesis se realizara? Sin duda alternaría las actitudes amenazadoras y las proposiciones lenitivas destinadas a actuar sobre la opinión de los demócratas y a alejar a los pueblos de sus «dirigentes imperialistas». Incluso es probable que tratara de alistar a los obreros sin trabajo y a los negros en un partido comunista yankee revivificado. Pero en nuestra opinión, sus principales esfuerzos irían dirigidos contra la alianza atlántica. Una crisis de todo el capitalismo acarrearía sin duda una agravación de la competencia de las naciones industriales que se disputarían los mercados extranjeros. Si para dar salida a sus stocks, los Estados Unidos entablaran batalla con los exportadores europeos y redujeran al paro obreros ingleses y alemanes, es probable que surgirían roces. Así se crearía un ambiente favorable para las consignas de la propaganda susurrada de los comunistas acusando a América de dejar a Europa hambrienta después de haberla privado de sus colonias. Hay que confesar que entonces, entre los Estados Unidos tentados de volver a su aislacionismo, y una Europa descontenta y agriada, los diplomáticos soviéticos tendrían sin duda alguna un buen terreno para maniobrar. Lo cual no pretende decir que ganarían la partida. Los Estados Unidos, con su dinamismo, su enorme potencial, sus facilidades de crédito y sus stocks de oro tienen con que enfrentarse con una crisis, por larga que sea ésta. Sus estadistas tienen demasiada conciencia del papel de su país en el mundo para abandonar su sistema estratégico y diplomático actual, como se lo aconsejaría más de un demagogo en nombre de campesinos o de obreros exasperados. Se necesitaría una inaudita ola de fondo para

constreñirles a cambiar de política y a aceptar su derrota en la guerra fría. De momento, nada hace prever una evolución tan radical.

¿Y Europa? En este caso la situación se presta a fluctuaciones de difícil previsión. Ciertos países tienen demasiadas afinidades ideológicas o sentimentales con los Estados Unidos para alejarse de ellos fácilmente. Otros—señaladamente aquellos donde la minoría comunista es bastante poderosa como para gravitar sobre la opinión pública—podrían oscilar más si América cesara de inspirar confianza. Una Alemania donde renaciera el espectro del paro, una Francia mal resignada a la pérdida progresiva de su imperio colonial, y haciendo responsable de ello a sus aliados anglosajones, una Italia donde la crisis podría devolver al partido comunista su impulso de 1945, pueden sufrir la tentación de alejarse de la obediencia americana. ¿Hasta qué punto? Sería difícil preverlo. Se concibe perfectamente que ciertos europeos tengan ganas de recobrar su libertad respecto a aliados que les han prestado una ayuda considerable, pero que han dejado que se lleve a cabo—cuando no lo fomentaban—el desmembramiento de los imperios coloniales. Antes del desastroso conflicto de 1939, las colonias constituían para Europa una fuente de materias primas y un mercado seguro cuyas posibilidades virtuales eran enormes. ¿Ha sido compensada su pérdida por unos cuantos millones de dólares que los americanos facilitan a sus aliados? No hay nada menos seguro. Los nostálgicos de los Imperios coloniales refunfunan que es una especie de auxilio entregado a clientes decadentes para mandarlos callar, y sólo sienten una gratitud mitigada. Lo que el contribuyente americano encuentra amargo dar, no provoca apenas impulsos de agradecimiento del otro lado del Atlántico. No es posible comprenderse menos. En tales condiciones, si la opinión americana puede preguntarse si no valdría más volver al aislacionismo de antaño, el europeo puede soñar con un neutralismo que le permitiera vivir en paz entre los dos colosos que se disputan el mundo. Sueño difícil de realizar. Europa se halla al alcance del ejército ruso. Este puede intervenir con mucha facilidad para imponer, por ejemplo, el orden perturbado por las «intrigas revolucionarias» contra la democracia. Hay bastantes comunistas en Francia y en Italia, pongamos por caso, para fomentar disturbios que brindarían una oportunidad de intervenir a las tropas soviéticas. Esta hipótesis apenas se concibe cuando los aviones americanos vuelan por el cielo de Europa. Sería mucho más posible si Moscú se enterara que los americanos se retiraran de Europa y dejan a los «Seis» europeos el cuidado de guardar sus fronteras. Pero cuesta tra-

bajo concebir la retirada de las tropas americanas estacionadas en Europa, mientras ésta no se encuentre en condiciones de defenderse. Por muy desilusionados que estuvieran los americanos de los europeos, y por muy resueltos a no dilapidar un dólar en su favor, ¿cómo podrían dejar a sus rivales rusos la poderosa industria de la Europa occidental y bases ideales para sus proyectiles dirigidos contra América? Asimismo, los europeos que no fueran de obediencia comunista, por muy exasperados que los tuvieran las maniobras oblicuas y los discursos moralizadores de los yankees, ¿cómo podrían aceptar el caer bajo la terrible disciplina de Moscú? A menos de renunciar a toda seguridad o aceptar el predominio soviético en Europa, con los peligros físicos que acarrea para los miembros de ciertas clases y la dura disciplina que implica para todos, no se ve cómo un divorcio radical podría producirse entre los Estados Unidos y las naciones de la O. T. A. N.

En contrapartida, la crisis americana podría brindar a los europeos la oportunidad de acelerar y de fortalecer el movimiento que tiende lentamente a aproximar a las naciones de la antigua Cristiandad y a forjar esa Europa coherente en la que han pensado tantas mentes sin poderla realizar jamás. La idea de crear un mercado de consumo de 300 millones de hombres, libre de servidumbres aduaneras y cuya importancia rebasaría la del mismo mercado de los Estados Unidos, es infinitamente seductora. Tropieza, sin embargo, con dificultades que no son desdeñables, porque requiere la adaptación de viejas estructuras nacionales a este porvenir ideal; la supresión de órganos que no han desmerecido; perjuicios causados a intereses particulares legítimos... Por más que los partidarios de la Europa unida clamen que ésta debe transformarse y unirse o morir, muchos industriales y agricultores rezongan ante la idea de inmolar sus empresas en el altar de la nueva Europa. El proceso de fusión se hace más difícil aun cuando se quiere tocar a las atribuciones de los Estados soberanos e invitar a los «enemigos hereditarios»—y en Europa casi todos los países son «enemigos hereditarios» de sus vecinos—a amarse fraternalmente y a hacerse muchas concesiones. Bien se vió en ocasión de la discusión de la C. D. E. que debía dotar a Europa de un ejército común. Los hombres políticos franceses, que tuvieran la idea de organizar una fuerza que presentaba a sus ojos la ventaja de impedir la creación de un ejército alemán autónomo, tuvieron que torpedearla bajo la presión de los comunistas y de los gaulistas nacionalistas. Los rencores y el temor legados por el

pasado habían sido más fuertes que el espíritu de cooperación de los partidarios de la unión europea.

¿Podría la crisis económica imponer a los pueblos del Viejo Continente la conciencia de su solidaridad de intereses y llevarlos a entenderse para superar las dificultades? Los europeos podrían operar entonces esa «revisión desgarradora» de valores con que Mr. Foster Dulles amenazaba un día a los franceses culpables de luchar contra el rearme alemán; pero es una revisión de ideas que los llevaría a salir de la posición de inferioridad —un tanto humillante— en que se hallan desde el fin de la guerra respecto a los «Grandes» de este mundo. A raíz de la guerra, los europeos parecieron deslumbrados por el *American way of life* que les presentaban gustosamente sus liberadores o sus vencedores. Rechazaron con desdén los aventureros fascistas, los militares reaccionarios, los diplomáticos de cuello alto y de ideas cortas, así como los burgueses derechistas que, en bloque, fueron designados responsables de las guerras y de los desastres que había arruinado al viejo mundo. ¿Con qué sustituir ese viejo mundo derrumbado? Una minoría pensó en el comunismo. La mayoría se fué detrás del ideal americano que parecía más humano y también, hay que decirlo, más confortable. América representaba la democracia y la libertad. Su propaganda lo proclamaba bastante para que se supiese; pero representaba asimismo la producción de masa, el taylorismo, el crédito, los salarios altos, las jornadas de trabajo reducidas, el automóvil para todos y las estrellas de cine. Los europeos admiraron esa riqueza, esa existencia fácil y soñaron con vivir a la americana, sin detenerse a reflexionar que entre el Nuevo Continente de inmensas riquezas explotadas por una población cuya densidad es aún débil y su trozo de península euroasiática superpoblada y relativamente pobre en materias primas, las circunstancias eran hartó distintas. Adoptaron con frecuencia el materialismo americano, aunque algunos habían aplaudido con vehemencia las condenas lanzadas contra él por los dictadores caídos, sin ver que aquél se veía compensado por un patriotismo general, por un espíritu religioso y por un culto de esfuerzo realmente ejemplares. Americanizarse fué de buen tono entre los jóvenes. La americanización de las costumbres se había iniciado después de la primera guerra mundial, con la introducción del jazz y el florecimiento del cine americano. El proceso se aceleró: desde los *Chrysler* y los *De Soto* con que soñaban los padres, hasta los jinetes de plomo que representaban *cow-boys* e indios y eran regalados a los chiquillos para jugar, pasando por los *comics* del nivel intelectual

de «Diego Valor», que beben con fruición los adolescentes, todo se puso a la moda de Nueva York—o de Los Angeles—. Los jóvenes novelistas creyeron necesario inspirarse en sus colegas americanos, olvidando que éstos, en su brutalidad, no eran con frecuencia más que los sucesores de los naturalistas europeos de finales del siglo pasado. Antaño, Grecia vencida había conquistado a Roma. La Europa liberada o vencida prefirió americanizarse.

¿Es necesario este mimetismo para las buenas relaciones de las naciones atlánticas? No lo parece. Acuerdos militares y económicos podían ser concluídos y llevarse a cabo intercambios intelectuales con provecho para las personas de ambos Continentes. América tenía derecho a enseñar a Europa su maravillosa eficacia, pero tenía mucho que ganar al contacto de lo que Pascal llamó «el espíritu de fineza», uno de los blasones de las viejas naciones latinas u occidentales.

Pero América no lo ha hecho. Ciertamente se ha entretenido en adquirir muy caro en Europa antigüedades u oscuras obras maestras de vanguardia pintadas en Montmartre o Via Margutta. Ciertamente, ha contratado artistas europeos. No obstante, no ha dudado ni un solo instante que representaba el bien y que aquéllos que no pensaban como ella eran el mal que merecía la reprobación, cuando no la sogá. De ahí la actitud arbitraria que su Gobierno adoptó en la O. N. U., contra España en 1946. De ahí también sus sorprendentes variaciones, un tanto cómicas, respecto a Rusia soviética, sucesivamente colocada entre las potencias del bien; luego entre las de las tinieblas, según su fuerza sirviera o contrariara la política americana.

El espíritu puritano, que se combina tan curiosamente con el optimismo tolerante del siglo XVIII de los fundadores del Estado americano, se pone de manifiesto en toda su intransigencia. Consciente de su perfección, distribuye sus mercedes a los que se unen a su causa según su apego a sus fetiches políticos: mucho a los demócratas, poco a los demás. La mayor parte de los Estados europeos se han doblegado, por supuesto, gustosamente a esta regla.

Los Estados y las clases dirigentes—empezando por Alemania—, se han puesto a la escuela americana. La juventud fué invitada a ir a Estados Unidos para estudiar la organización del porvenir. Los beneficios de la democracia con sus consultas populares infalibles y su libertad de expresión indefinida, fueron presentados por doquier como un dogma. Las curvas ascendentes de la producción industrial sustituyeron para ellos

los sueños de potencia. Los hijos de los aventureros que soñaban con «llevar el fardo del hombre blanco», recibieron el consejo de abdicar esa pesada tarea y de consagrar su talento a fabricar siempre más máquinas generadoras de bienestar. Muchos de ellos han creído en el evangelio industrial de los tiempos modernos y en la expansión ilimitada de la producción. Otros, señaladamente en la pequeña burguesía y en las clases populares, han aceptado con recelo la dominación americana, cuando no se han levantado contra ella.

Bien es verdad que esa hostilidad latente de las clases populares se impone más claramente en países como Francia o Italia, donde el comunismo es fuerte y ejerce su control sobre amplias capas del proletariado, que en Alemania, en Inglaterra, o en los países del Benelux. Pero sería uniformizar excesivamente las cosas hacer recaer toda la responsabilidad de este estado de espíritu sobre la habilidad de la propaganda rusa. Las masas son frecuentemente xenófabas, incluso cuando profesan el internacionalismo.

¿Es susceptible la crisis americana de modificar estos puntos de vista? ¿Perderán los europeos el respeto adquirido por los métodos americanos y tratarán de recobrar cierta libertad de espíritu y de acción frente a sus potentes vecinos? Esto dependerá sin duda de la amplitud y de la duración de la «recesión» en los Estados Unidos. Ya se ha dicho hasta qué extremos una ruptura del entendimiento de las naciones ribereñas del Atlántico era improbable mientras la amenaza rusa gravitara sobre ellas. Pero los americanos, al comprobar que sus conceptos políticos y económicos tienen fallos, pueden ser llevados a sentirse menos seguros de sí mismos y a tener más en cuenta a las naciones de Europa que lo han hecho a veces. Por su parte, Europa podría ser llevada a buscar más su salvación en sí misma, antes que en una dependencia demasiado acusada respecto a Estados Unidos. Bien es verdad que para ello sería preciso que se uniera más, que renunciara a sus querellas y a sus recelos caducos y aceptara un retorno a la austeridad más cercana del ideal autoritario que la seductora vida americana de los años de prosperidad. Esta evolución sólo podría lograrse si a los ojos de las masas europeas la civilización de ultra-atlántico cesara de ser automáticamente sinónimo de bienestar y de felicidad. Es decir, que, en gran parte, dependerá del curso mismo de la crisis americana.